

bresalen dominadoras. No así los hombres, cuyos vestidos abusando de la holgura, cuyos sombreros abovedados de ala pequeña, cuyos zapatos desgobernados y cuyas corbatas blancas, intempestivas, les dan aspecto grotesco, aunque sendas cadenas, sorbetes audaces, sobretodos y bastones, quieran reclamar los favores de la moda.

Al pasar las bocacalles íbamos notando las calles laterales entre árboles elevadísimos, los marcos de las ventanas con enredaderas que trepan por las paredes á grandes alturas, sobre la oscura piedra y en los huecos de la banqueta al muro, sembrados de césped, jarrones de flores y adornos de buen gusto.

Detuvímonos frente á una iglesia que ve al Oeste, y está al medio de la Quinta Avenida: llámase Emmanuel.

Es de orden bizantino; el roseton de la puerta, en metal, no habria sido cincelado con mayor primor.

Tiene el templo dos altas y delgadas torres; de su primer cuerpo arrancan cuatro columnas esbeltas y leves, sosteniendo una pequeña cúpula, que es la derrota de la filigrana y del calado.

Corona el frontispicio entre las dos torres, un cuadrilongo sobre que descansan cuatro minaretes que son como la florescencia de la piedra, verdaderamente bellos. . . .

—Es de desesperarse esto, me decia Francisco; mira deslucida esa linda fachada con ese tejavan puesto sobre los cuatro minaretes: es como si un caballero elegante se obstinara en completar su trage con el fieltro ordinario de un carretero, ó con una gorra de aguador. . . .

—Y luego se quejan de que se les eche en cara su mal gusto.

—Oh! si lo tuvieran bueno, serian los hombres más enamorados del mundo, y nos dejarían poca cosa á los extranjeros. No te canses, chico, más vale así. . . .

Ya estamos en el gran Parque central; límpiáte los ojos, que éste es, con justo título, llamado el mejor ornamento de Nueva-York.

Figurémonos una extension como desde el paseo de Bucareli á Tacubaya; pero en un terreno quebrado como el de las depresiones y eminencias que ofrecen, ó el camino de Toluca, ó lo que llamamos la Cruz del Marqués, yendo á Cuernavaca.

Sobre esos valles, colinas y hondonadas cubiertas de aterciopelado césped, culebrean bajo los arbustos y los árboles, y entre flores, los senderos de la gente de á pié, y más al centro, anchas y bien terraplenadas calzadas de arena y piedrezuela de lecho de rio, por donde se deslizan los carruajes. . . .

El terreno es en extremo desigual, y ya se percibe como una montaña coronada de árboles gigantes, ya se abren éstos para formar praderas y glorietas, ya se hunde la tierra y se salva por un puente en la altura y un camino por debajo para los pedestres.

En una ladera, siempre entre árboles, están los salones de un café magnífico; en una elevacion descuella un *kiosko*; bajo un tendido emparrado hay asientos y mesas; grandes fuentes en abiertas plazas; lagos cruzados por botes y barcas, donde el terreno se deprime, y escaleras atrevidas entre las rocas vivas, que conducen á cenadores voluptuosos, á sombrías estancias en que bajo doseles de sombra, hay estatuas que inmortalizan las glorias del talento y la virtud.



Hay momentos en que por donde quiera que se vuelven los ojos, tiene nuevas seducciones el ánimo.

El arte ha seguido cuidadoso á la naturaleza, y sobre su hermosura salvaje ha derramado sus tesoros.

A la vez que giran los carruajes en las calzadas, parvadas de niños corren en los verdes prados, con algazara festiva, conduciendo sus carretelitas, volando sobre sus velocípedos y sus carritos.

Gira uno en opuesto sentido, y son los columpios, los cochecitos tirados por chivos, los burros perfectamente enjaezados conduciendo niños y niñas.

Inclínase la vista, y descubre las barcas llenas de gente que se regocija; la aparta y la dirige á los otros umbríos, y son mujeres hechiceras y parejas felices . . . los descansa en los tránsitos, y son estrados con caballeros entregados á la lectura, miéntras los acaricia el viento, los aduermen las sombras y les dan música las aguas.

El Parque, al decir de las varias guías y datos que consulto, tiene de costo diez y seis millones de pesos, le sombream 200,000 árboles y arbustos, y contiene museo de historia natural, casas de fieras, lagos, *restaurants*, salones de refresco, salones de música, subterráneos y cascadas.

Es un espléndido jardín con sus estatuas y sus fuentes, encerrados en uno de nuestros bosques deliciosos de la tierra fría.

Francisco temía las protestas de mi pereza, y con la ingotable bondad que le distingue, me decía:

—Reposa, que este camino que da á la calle 59, es sombrío . . . y tenemos que andar: mira ese busto que parece representar á un propietario de ganado; es nada ménos que

el baron de Humboldt, á quien tanto amamos los mexicanos: salúdale, y vamos adelante.

Ibamos por un laberinto de arrayanes, de mimosas, de flores conocidas en México con el nombre de aretes, de pionías y enredaderas mil.

—¿Conoces esa estatua? Es la de Shakespeare; á lo ménos así lo dice el letrero, el parecido no; porque Shakespeare tiene más majestuosa la frente y se le representa de mayor edad, es decir, en toda la plenitud de su génio.

La estatua que ves más acá es la de Halleck, la que vino el presidente Hayes á descubrir.

—Aguarda, que esta es más bien una espaciosa plaza . . . gigantesca fuente, árboles en círculo, dejando colgar con profusion sus sombras; parece un gran salon por la multitud de asientos y lo selecto de la concurrencia.

El pavimento es de tersas losas; del círculo de la glorieta parten caminos y escaleras; en varias columnas se ven como jaulas de alambre para asilo de los pájaros.

—¿A dónde me llevas? por esta escalera se descende mucho; tomaremos por ese gran puente que está frente á nosotros.

Descendimos la escalera: el puente formaba techo á espaciosos salones, con altos espejos, mesas de mármol y elegantes columnas.

Atravesamos los salones de refresco y nos hallamos en otra plaza, al borde de una fuente llena de estatuas.

Ya que tantas veces hemos hablado de las fuentes en parques y paseos, diré que muchas de esas fuentes fueron mi encanto; las hay que constituyen verdaderos monumentos, como la llamada del *Angel de las aguas*, en este Parque. La



figura del ángel gigantesco es correcta y airosa; tiene vueltas hácia afuera las palmas de las manos, y por ellas corren impetuosas las aguas, como anudándose, desplegándose y desparramándose en hirvientes chorros.

Otras fuentes de plazas, las más sencillas, me agradaban extraordinariamente; en la boca del tubo horizontal se percibía una especie de pifia formada de delgados cañutitos, haciendo su conjunto una espiral; las aguas, al salir, se convierten en polvo y forman un inmenso plumero, una nube, una niebla de plata que oscila con el viento, dándole la luz vivísimos reflejos y revistiéndose frecuentemente de los colores del iris. Aunque á muchas personas he hablado de esto, no ha encontrado favor en México este juego tan sencillo como hermoso y barato.

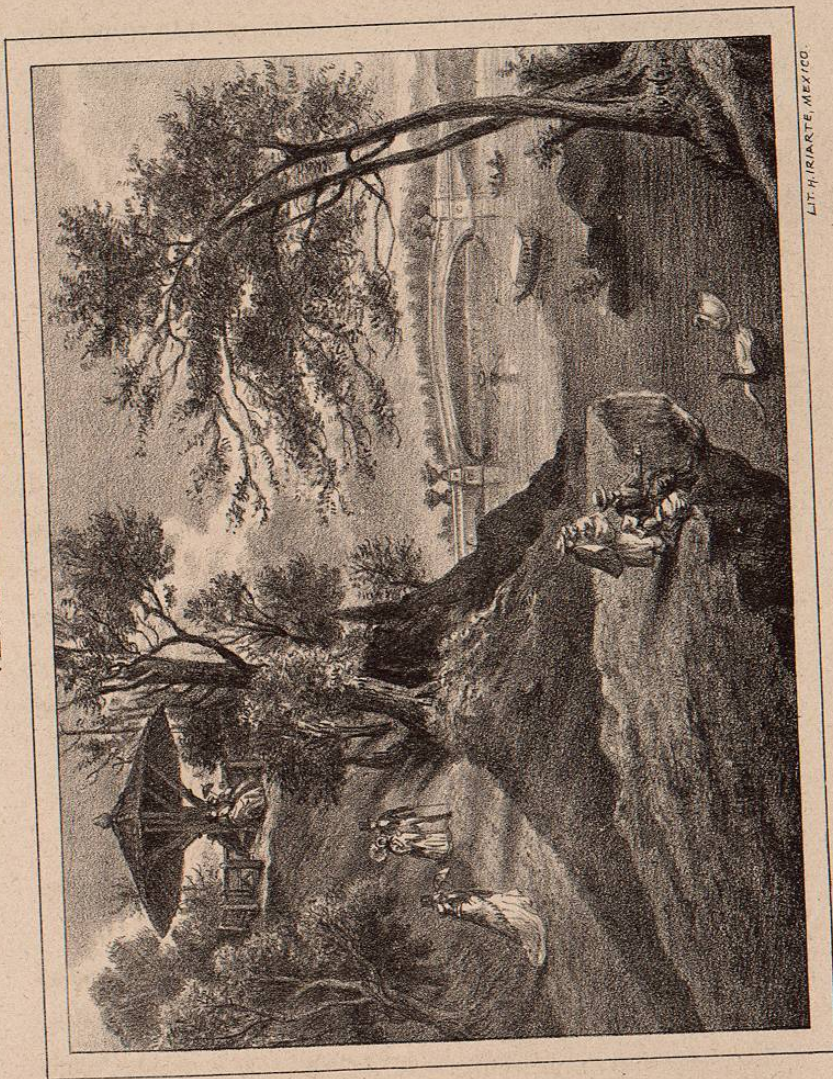
En algunas fuentes he visto juegos más complicados é igualmente bellos; por ejemplo, ví en Gilmore's un chorro que sustentaba un limon; al desequilibrarse caía, pero caía en una taza dispuesta de manera que hacia subir ese ú otro limon, halagándose la vista con el juego.

Al extremo de la glorieta está el muelle y el tragin del embarque y desembarque para los paseos acuáticos.

—Estos lagos, me decía Francisco, se hielan en el invierno, y aquí y en los otros lucen su habilidad caballeros y *ladies*, patinando con suma destreza: entónces es el contraste de las risas, los juegos y el contento, entre los esqueletos de los árboles y la mortaja de bruma que oscurece el sol.

Yo no podía moverme, estaba rendido; me sembré bajo un árbol á ver pasar los mil carruajes que atraviesan fantásticos y se pierden rápidos entre los árboles, precipitándose

VIAJE DE FIDEL.



LIT. HIRIARTE, MEXICO.

El Parque Central.



en las hondonadas para reaparecer en las alturas, como arrebatados por el viento sobre las rocas.

Es indescribible el encanto que comunican al cuadro esos torbellinos de niños con sus cabellos de oro flotantes, sus listones volando en pos de ellos, sus carreras, sus risas, sus enojos y monerías. Es la vida naciendo y derramándose en ondas puras á los besos de la aurora; es la espuma de nieve y el celaje de oro resbalando sobre el limpio azul de la inocencia. . . . pero entre aquellos niños y en aquellos juegos no distinguía á mi Guillermito, á mi Manuel, á mis hijos de mi alma: entónces. . . . veía oscuro ese cuadro de felicidad.

—Vámonos, me dijo Francisco; estás cansado, volveremos otro día.

Pero de las doce puertas que dan salida al Parque, no atinábamos con ninguna.

De trecho en trecho, unas tablas indican en aquel laberinto las calles con que tienen conexión los senderos, con una mano pintada que señala la dirección; pero ni por esas: estaba al sembrarme otra vez como una mata en cualquiera de aquellos prados.

—Tomaremos sombra bajo de aquel puente.

Así lo hicimos: bajo el puente estaba el alquiler de los burros para niños.

Yo había visto muy pocos burros; siempre me ha parecido incompatible el burro y el yankee: pues bien, aquí veía lo contrario.

Están los burros muy bien ensillados con albardones con su horquilla para que monten las niñas, y la demanda es extraordinaria, siendo la salida de cada burro motivo de



procesiones de placer en que, sobre todo el americano, hace prueba de su bondad con los niños, y esto es universal.

El padre de familia es quien generalmente carga al niño y brega con él.

Jamás he visto un acto de impaciencia de un americano con un niño: asalta el carro, trepa al wagon voceando su periódico, juega á la pelota en las banquetas, vuela su papelote en la calle, codea á uno que lee, haciendo algazara, y nadie se atreve á lastimar de palabra ni de obra á un niño. Así es que andan solos á grandes distancias, concurren á sus escuelas, toman asiento en los wagones, y las niñas, sobre todo, tienen la conciencia del amparo público en alto grado.

—Vámonos, le dije á Francisco.

—Por aquí, replicó, y de manos á boca me encontré con un edificio de alambre ó jaula gigantesca con curiosas aves.

—¡Qué lindos cacatúas! me hizo observar mi sagaz guía, que con inocente engaño me hizo dar una vuelta enorme para que viese lo que allí se llama el Museo.

La seccion del Parque en que nos hallábamos contiene varias jaulas con aves preciosas. Hay una destinada á las águilas y buitres, frente á la que no me quise detener, porque no me encuentro bien frente al poder militar.

Cerca de los grandes tiranos del aire se encuentran jaulas para ardillas y animalejos, que se entregan á la guerra intestinal.

A poca distancia se ve un pozo enorme con su barandal de fierro, en que nada una foca terrible, como si dijéramos, el poder marítimo, inútil y costoso como nuestra marina.

En los prados que rodean el foso ví una llama, varios

camellos destartalados y cariacontecidos, como doncellonas viejas.

De estos preciosos animales hicieron acopio en Tejas, y se ensayaron con buen éxito para pasar los desiertos, salvando mil inconvenientes de esa travesía peligrosa.

Bisontes, cíbolos y otros animales estaban en los prados, circuidos de curiosos.

Nosotros penetramos á la casa de las fieras.

Es un espacioso galeron de madera con grandes jaulas aseguradas con fuertísimas barras de fierro.

Allí contemplé al leopardo, al tigre de varias especies, á las panteras. Seguí el movimiento perpétuo, y como el remordimiento de la hiena, hocico agudo, cuello tendido, mirada alevosa. Preocupado de horror seguía en sus movimientos á la fiera, cuando repentinamente sonó á mi espalda un ruido tan lleno, tan terrible, tan animado, que mi primero é indeliberado impulso fué huir. Aquello era estupendo, yo no habia oido nada semejante; retembló el suelo y crugieron los tablones de la espaciosa galera. Muy al contrario de Pipelet, sin entrar en averiguaciones, mi primer movimiento fué huir.

Francisco me detuvo riendo.

—Vuélvete, me dijo, deja á esas hienas que son imágen del asesino cobarde, vuélvete á mirar al rey de las sêlvas.

El propietario de aquellos ruidos que apagarían la tempestad y tendrían eco aun estallando el trueno, era el leon; ¡qué grandeza, qué lengua melena, qué garra formidable! Nada hay exagerado en las pinturas épicas del Titan de Africa; impone como un monumento, se hace acatar como una majestad.



Hay varios leones en triste soltería. Este está acompañado de su consorte, y ofrece á veces espectáculos de la vida íntima.

Otro leon rugió de nuevo, y no obstante la quietud de la concurrencia y el regocijo de los niños, y á pesar de que era para mí evidente la seguridad en que me encontraba, yo y algunos otros retrocediamos de las jaulas, porque se teme realmente que tablonos y barras vuelen en fragmentos, en un rugido de la fiera imponente.

—Quería que vieses el acuario, aunque hay uno de una empresa particular, que es el que quiero enseñarte.

—No, vámonos Francisco, vámonos, porque estoy hecho pedazos.

Francisco posee la ciencia de caminar por Nueva-York, ciencia que consiste en conocer la direccion de todos los carros que recorren el tejido de rieles que atraviesan las calles.

Sabe los giros, vueltas y curvas de los wagones que van á City Hall y á Fulton Ferry, los que visitan los muelles, los que se detienen frente al Correo y los que en varias calles, como en la núm. 34, tuercen para las orillas de los rios laterales.

Ya hemos hecho observar que estamos en domingo; ya sabemos que el número de carros y de otros vehículos es fabuloso, y no obstante, los carríos van y vienen rebosando gente.

El carro está declarado insondable como el mar, de llenua imposible como la tinaja de las Danaides; el carro para el conductor y para los pasajeros, es de elasticidad infinita; en el que pudieran á lo más caber veinte, van cuarenta ó

cincuenta, condensados, en prensa, colgados á los palos laterales.

Y andando, andando, á veces suben y bajan gentes, como si una seccion de la calle estuviese en movimiento.

—Nota, me decía Francisco, que no solo la calle de Broadway tiene lujo y grande tráfico.

Todas las avenidas son amplias, con árboles y plazas, y su parte baja da cabida á tiendas, *restaurants* y lugares de recreo.

Las avenidas ó grandes canales que corren de Sur á Norte, todas son aun más anchas; en sus tiendas se ostentan grandes cristales, su alumbrado es igualmente espléndido.

Ya te enseñé la Avenida llamada Bowery ó Broadway de los pobres; á todas horas la atraviesa gentío inmenso. Tú mismo me has dicho que la Sexta Avenida es hermosísima. Me hablaste tambien de la tercera y octava.

La falta del tráfico, las habitaciones silenciosas, los horizontes de soledad y tinieblas en las noches, los forman las calles; pero en cuanto á las avenidas, de cada una de ellas se podría hacer una gran ciudad.

—Ahora no te puedes hacer cómodamente cargo, porque es domingo; pero aun en eso hay exageracion: nadie más persuadidos que los americanos ilustrados, de lo absurdo de su ley del domingo; pero ésta, aunque con suma hipocresía, la relajan. Ya te he hablado de los conciertos sagrados. Sucede con la venta de cerveza algo semejante.

El policía persigue la primera venta y conduce á la cárcel á los criados del establecimiento. Pero hecho esto, el *bar-room* sigue vendiendo sin que le molesten.

Así es que, los dueños de esas tabernas, tienen hombres



*ad hoc* para que pasen el día en la cárcel, y con esto rompen las trabas puestas á su comercio.

Al volver á mi casa me encontré con una invitacion del H. William C. Bryant, para pasar con él uno ó dos días en el campo.

Dará idea de mi mansion en la casa del Sr. Bryant, la carta que como enamorado novel puse á mi regreso en mano propia de mi querido compañero Gomez del Palacio, para quién fué escrita.



## XXIV

Viaje á Roslin.—Mr. William C. Bryant.

Roslin, Mayo 29 de 1877.

PANCHO QUERIDO:

“**T**E estoy viendo frente de mí, con tu cachucha cubriendo tus ojos indagadores y penetrantes, tu gran saco traicionando tu camiseta, y tus pantuflas holgadas denunciando tu pereza, miéntras yo, tendido en el sofá, descanso del ruido y de la celeridad del vapor.

“Ya voy á empezar la relacion del viaje; no te impacientes, déjame encender un cigarro.

“Pues, como iba yo diciendo, salí del hotel con mi sombrero con más arrugas que de ordinario, mi sobretodo al brazo, mi paraguas en mi mano, cubierta del indispensable